



AIBR  
**Revista de Antropología  
Iberoamericana**

[www.aibr.org](http://www.aibr.org)

**Volumen 19**

**Número 1**

Enero - Abril 2024

Pp. 63 - 86

Madrid: Antropólogos  
Iberoamericanos en Red.  
ISSN: 1695-9752  
E-ISSN: 1578-9705

## **Lo móvil en la investigación etnográfica de los márgenes sociales: Acciones colectivas de trabajadoras sexuales**

**Jacqueline Espinoza-Ibacache**

Universidad de Chile

[jacqueline.espinoza.ibacache@gmail.com](mailto:jacqueline.espinoza.ibacache@gmail.com)

**Lupicinio Íñiguez-Rueda**

Universidad Autónoma de Barcelona

[lupicinio.iniguez@uab.cat](mailto:lupicinio.iniguez@uab.cat)

**Recibido:** 16.04.2021

**Aceptado:** 11.10.2021

**DOI:** 10.11156/aibr.180104

## RESUMEN

El objetivo de este artículo es contribuir sobre *lo móvil* como concepto metodológico a través de una etnografía etnometodológica feminista sobre acciones colectivas de trabajadoras sexuales en el Norte de Chile, a partir de tres herramientas metodológicas: tránsito, liminalidad y conexiones íntimas. Definimos *tránsito* como los movimientos entre espacios virtuales, presenciales, híbridos, móviles de acuerdo con la cotidianidad de las participantes. *Liminalidad*, como el análisis de las fronteras, como espacios de encuentro y desencuentro para observar la heterogeneidad y el confrontamiento de las diferencias. *Conexiones íntimas*, como el seguimiento de materialidades de presencia significativa en el campo, que se ensamblan con los métodos de las participantes y que cobran diversos significados. Así, proponemos una práctica etnográfica que mueva y movilice de acuerdo con sus participantes, que rompa dualismos, que sea fluida y, en este entramado, se enrede política y éticamente. No únicamente con un fin epistemológico, sino que también para contribuir activamente en la producción de otros sentidos, de otros mundos distintos.

## PALABRAS CLAVE

Etnografía, móvil, acciones colectivas, trabajo sexual, etnometodología feminista.

**THE MOBILE IN ETHNOGRAPHIC RESEARCH OF THE SOCIAL MARGINS: COLLECTIVE ACTIONS OF SEX WORKERS**

## ABSTRACT

The objective of this article is to contribute on the mobile as a methodological concept through a feminist ethnomethodological ethnography on collective actions of sex workers in northern Chile, based on three methodological tools: transit, liminality and intimate connections. We define transit as the movements between virtual, face-to-face, hybrid and mobile spaces according to the participants' everyday life. Liminality as the analysis of borders, as spaces of encounter and misencounter to observe heterogeneity and the confrontation of differences. Intimate connections as the monitoring of materialities of significant presence in the field, which are assembled with the methods of the participants and take on diverse meanings. Thus, we propose an ethnographic practice that moves and mobilizes according to its participants, that breaks dualisms, that is fluid and, in this framework, becomes politically and ethically entangled. Not only for epistemological purposes, but also to actively contribute to the production of other meanings, of other different worlds.

## KEY WORDS

Ethnography, mobile, collective actions, sex work, feminist ethnomethodology.

## Agradecimientos

Este artículo se realizó gracias al financiamiento de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile a través del Proyecto FONDECYT de Postdoctorado N°3200328, titulado: «Acciones colectivas de trabajadoras sexuales y sus aliadas desde una perspectiva sociohistórica, interseccional y situada».

## Introducción

Gladys<sup>1</sup> —mi portera de la investigación— me reenvió un mensaje de texto, que decía: «Tía, no estoy muy bien estoy pasando por un cuadro deprecion (sic) algo fuerte y necesito», acompañado de otros dos. En el primero me contextualizaba: «recién me llegó este mensaje», mientras que en el segundo me enviaba el contacto de Emilia, lo que implicaba el mandato de comunicarme con la emisora del mensaje de ayuda. Es abril 2021, desde hace un mes y pocos días que regresé de Antofagasta, donde estaba haciendo mi<sup>2</sup> trabajo de campo, a Santiago, y solo días antes que decretaran una nueva cuarentena en estas dos ciudades por la pandemia. No he perdido el contacto con la organización «Mariposas» que articula a trabajadoras sexuales de privados<sup>3</sup>, cafés con piernas<sup>4</sup>, *schoperías*<sup>5</sup>, clubes nocturnos y en las calles de esta ciudad ubicada en el Norte de Chile. De hecho, quien me envía los mensajes es quien dirige este colectivo.

El rol de apoyo psicológico solo era una de las funciones que realicé virtualmente al ingresar a la organización en agosto de 2020; también participaba en las reuniones virtuales con las dirigentas, trabajadoras sexuales y aliadas de organizaciones feministas o no gubernamentales, en

---

1. Para cuidar el anonimato de estas mujeres y la confidencialidad de sus experiencias, las hemos bautizado con los nombres de mujeres que han dejado huella en la historia de la humanidad.

2. Utilizaremos la primera persona singular cuando hablemos sobre experiencias directas del trabajo de campo y en plural para el desarrollo de contenidos metodológico y teórico en el artículo. Además, es importante señalar que somos dos autores de distinto sexo/género los que escribimos este artículo, si bien la norma gramatical señala que debemos escribir en masculino, utilizaremos el femenino genérico como una forma de compensar la invisibilización de las actoras de conocimiento científico: «mujeres».

3. Habitaciones que las trabajadoras sexuales alquilan para prestar sus servicios sexuales, a las que los clientes llegan a través de avisos en medios de comunicación o redes sociales.

4. Cafeterías o locales con patente de cafetería que son atendidos por mujeres con ropa o disfraces; en algunos ofrecen servicio de compañía.

5. Las *schoperías* son lugares populares en Chile, donde se bebe principalmente cerveza de barril. Algunos se distinguen porque ofrecen como servicio la compañía de una mujer para compartir las bebidas.

los diferentes grupos de *WhatsApp* de este colectivo, y en la postulación a fondos concursables para atenuar las consecuencias económicas de la crisis sanitaria. Esta virtualidad terminó en noviembre de 2020, producto del cese de restricciones sanitarias y en el momento preciso de la implementación de un proyecto asociativo con los fondos de una postulación ganada.

Los recursos del proyecto asociativo sirvieron para la entrega de cajas de comida a las compañeras. Emilia, de 28 años y proveniente de Colombia, estaba entre ellas o, como también la llamaban, «Lorena del Palacio», en referencia a su nombre artístico y al club nocturno donde trabajaba antes de la pandemia. Me recordó Gladys a propósito de recabar antecedentes antes de la atención psicológica. Al contactarla, me señaló inmediatamente su embarazo de tres meses y que llevaba muchos días sintiéndose mal, abrumada, que no podía dejar de llorar y quería huir de todo esto. También, que había sido diagnosticada con un trastorno mental severo hacía diez años, que no tomaba medicamentos desde hace un tiempo, pero tampoco se había sentido así en un largo período. Luego de contenerla, le planteé que necesitaba atención especializada presencial debido a su estado y antecedentes, y que me permitiera colaborar con estas gestiones. Seguidamente, a través de Gladys, contactamos a las profesionales de apoyo de las «Mariposas», la obstetra y trabajadora social, para conseguirle atención. Dos días después, en los que movimos redes informales en centros de salud pública, conseguimos una cita médica.

Estas articulaciones —entre trabajadoras sexuales y aliadas— para conseguir la atención de Emilia son parte de este trabajo de campo etnográfico enmarcado en una perspectiva etnometodológica feminista (Kitzinger, 2000; West y Zimmerman, 1987) al preocuparnos por documentar cómo estas actoras competentes ejecutan sus acciones colectivas. Este trabajo se realiza en una intersección de posiciones y conexiones, pues mientras realizo el apoyo profesional a una trabajadora, soy parte de la acción colectiva que investigo y que se realiza junto a otras actoras: dirigentas y aliadas. En esta ocasión, esta se ha desarrollado virtualmente y estando a 1.335 kilómetros de distancia de donde se encuentran las trabajadoras, dirigentas y aliadas, pero compartiendo la situación de confinamiento por la pandemia.

La etnografía se caracteriza por la participación activa de la investigadora en la cotidianidad de las actoras de un territorio específico, mediante la cuidada observación de sus hábitos, ritos, gozos y sufrimientos durante un período de tiempo, y con la finalidad de captar, informar y reflexionar sobre la cultura de una comunidad (Tedlock, 2013). En esta senda, se han producido importantes conocimientos sobre la realidad de

grupos sociales, y este método ha experimentado modificaciones en las últimas décadas —como la propuesta multisituada (Marcus, 1995), crítica (Foley y Valenzuela, 2012), performativa (Tedlock, 2013), entre otras—, como respuesta a las diversas transformaciones en la organización social y territorial. En consideración a este carácter poliédrico de la etnografía, y en el marco de nuestro trabajo de campo, proponemos como objetivo del artículo contribuir sobre lo móvil como concepto metodológico desde una perspectiva etnometodológica feminista a través de una etnografía sobre acciones colectivas de trabajadoras sexuales realizada desde julio de 2020 hasta abril de 2021, a partir de tres herramientas metodológicas: tránsito, liminalidad y conexiones íntimas. Y lo abordaremos a través de las distintas fases del trabajo de campo y su implicancia en la producción de conocimiento.

La etnografía ha sido tradicionalmente móvil, los desplazamientos de Malinowski, Mead o Lévi-Strauss en sus respectivos territorios de estudio dan cuenta de esta prácticas, sin embargo se ha explicitado como distinción y un tipo de etnografía solo hace poco más de una década (Novoa, 2015). Este giro al movimiento estudia diferentes tipos de movilidades y sus combinaciones: desplazamiento de personas, movimiento de objetos, viaje virtual o circulación comunicativa a través de personas (Sheller y Urry, 2016). Este interés por comprender patrones de movimiento desde un punto de vista teórico y analítico, ha implicado el involucramiento de la investigadora en los contextos móviles de los participantes (Büscher y Urry, 2009). Es decir, la etnografía móvil se enreda con y por la movilidad (Novoa, 2015). La presente investigación se planteó alejada del giro de las movilidades tanto teórica como metodológicamente, sin embargo, el curso de acción del objeto de estudio en el sentido etnometodológico (Garfinkel, 1967) implicó caminar y oscilar con las participantes como una forma de compromiso con sus métodos de organización colectiva y de acuerdo con las vicisitudes intempestivas de su cotidianeidad.

El relato sobre las acciones colectivas alrededor de Emilia enmarca lo móvil de nuestra práctica y contexto etnográfico, este plantea las complejas e interdependientes circulaciones: tránsitos entre lo presencial y lo virtual, desplazamientos híbridos e interconectados, y conexiones diversas a distancias variadas de las investigadoras y participantes, como también inmovilidades desiguales producto de las diversas configuraciones de categorías como género, clase, nación y el estatus ciudadano de las trabajadoras sexuales.

Asimismo, este relato permite situar el contexto social del estudio, las realizaciones prácticas de la investigación para seguir el curso de las acciones colectivas y los significados que estas actoras le otorgan cotidiana-

mente. En esta línea, argumentamos desde la reflexividad etnometodológica (Garfinkel, 1967), primero, que la contingencia en la que se desarrolla esta etnografía no actuó como una causa de su carácter móvil, sino que las acciones colectivas cotidianas se constituyeron como móviles de manera procesual, en un ejercicio recursivo, bidireccional y retroalimentado por la vivencia de la opresión cotidiana de las trabajadoras sexuales. Segundo, que nuestro quehacer investigativo siguió el curso de acción de los etnométodos de estas actoras y el carácter de la etnografía móvil se produjo en el entramado de observar las realizaciones prácticas de las acciones colectivas de trabajadoras sexuales desde el interior de su contexto social. Tercero, abordaremos esta circularidad teórica y metodológica considerando que al describir lo cotidiano de nuestras prácticas investigativas, en el mismo acto de describir, definimos el sentido, la racionalidad y el orden de lo que estamos haciendo en ese momento, y esta descripción es la que traza el carácter factual de esta situación social (Martínez-Guzmán, Stecher e Íñiguez-Rueda, 2016). Ahora bien, la perspectiva etnometodológica argumenta que la práctica reflexiva es una acción constante y «natural» que se instituye en cada momento. No obstante, esto lo planteamos en el diseño metodológico como una estrategia que nos permite hacer observable la racionalidad y organización del carácter móvil de nuestras prácticas en la investigación.

Presentamos la configuración de lo móvil a través de: (i) *tránsito* definido como el movimiento de y entre espacios virtuales, presenciales e híbridos, móviles de acuerdo con las circunstancias y el ritmo de la cotidianidad de las acciones de las participantes y de la propia investigación. Planteamos la *liminalidad* como la zona de paso, encuentro y disonancia entre distintos espacios y actores, que tienen un potencial reflexivo para la investigación debido a la heterogeneidad y confrontamiento de diferencias (Sennett, 2009). Y, nos referimos con *conexiones íntimas* al seguimiento de materialidades que tienen una presencia significativa en el campo, que se ensamblan con los métodos de las participantes y que cobran diversos significados de acuerdo con sus necesidades (Latimer y López, 2019; Santoro y Romero, 2020).

Proponemos así ampliar el carácter móvil en la etnografía considerando a la etnometodología feminista y su foco en la producción, negociación y resistencia al orden social cotidiano a través de las experiencias prácticas de las trabajadoras sexuales, en contextos críticos, precarios y dinámicos. Pero, considerando a estas mujeres como actoras competentes<sup>6</sup>,

---

6. Si bien, Garfinkel (1967) utiliza la noción de *miembro competente* para señalar el conocimiento y la experiencia de las personas en los procedimientos comunes y rutinarios de sus escenarios sociales, del mismo, que estos le proporcionan sus rasgos particulares, como

en lugar de señalarlas como víctimas predefinidas del sistema heteropatriarcal (Kitzinger, 2000). Asumimos también características de la *Action Research*, entendida como un quehacer práctico con enfoque colaborativo, democrático y participativo para estudiar problemas cotidianos, contingentes socialmente y desde y para la transformación de la realidad social (Fine y Torre, 2019).

Con dicho fin, a continuación, primero, abordaremos la perspectiva teórico-metodológica de etnometodología feminista. Segundo, señalaremos las características del trabajo sexual y los hitos de su organización. Tercero, expondremos las herramientas metodológicas propuestas a través de experiencias vividas en la práctica etnográfica. Así, esperamos contribuir a una etnografía cambiada y cambiante, marcada por el devenir de las sociedades y por las cada vez más frecuentes crisis naturales y/o antrópicas.

## La etnografía etnometodológica feminista

La Etnometodología, perspectiva teórico-metodológica gestada por Garfinkel (1967), está interesada en las actividades prácticas del sentido común a través de las cuales las actoras producen, reproducen y entienden la vida cotidiana. Se erigió como una alternativa a las corrientes teóricas del paradigma funcional-estructural parsoniano que explicaba la acción social de las personas como producto de la internalización de las normas y valores de los sistemas institucionalizados (Wolf, 1982). Criticó así la definición de las personas como sujetas a merced de fuerzas externas, y propuso una perspectiva que situó a las personas como agentes y al orden social como el resultado de las interpretaciones contingentes, encarnadas y continuas, realizadas en la interacción social (Kitzinger, 2000).

Estas inspiraciones provienen de la obra de Alfred Schutz, que planteó la importancia de los significados de las actoras para comprender la constitución de sus acciones y las estructuras sociales (Rodríguez Dorantes, 2015). Y del interaccionismo simbólico de la Escuela de Chicago sobre los continuos y consensuados procesos de configuración social de las normas y el orden (Coulon, 1987). Se sumó así a las corrientes preocupadas por estudiar la vida cotidiana, la Teoría de la Acción Social, la naturaleza de la intersubjetividad y la constitución social del conocimiento.

---

también, los problemas o proyectos, entre otros. Proponemos indistintamente las denominaciones «membresía competente» y «actora competente» como estrategia de uso para un lenguaje menos sexista.

La Etnometodología en esta trayectoria no ha estado ajena al estudio del género. Fue el mismo Garfinkel a través del caso Agnes, que investigó las formas de razonamiento del sentido común que las personas utilizan para definir su pertenencia a una categoría genérica y los métodos para lograr su actuación. Sin embargo, fueron West y Zimmerman (1987) que profundizaron su estudio en el famoso artículo «Doing gender», al definir el *género* como un hacer que se configura, negocia y gestiona continuamente en la interacción cotidiana, excluyéndose de explicaciones que en ese entonces lo vinculaban mayoritariamente a una categoría con propiedades determinadas como naturales e independientes de su contexto social. Para dar paso, además, a una comprensión del funcionamiento del poder o la opresión social a nivel microsocia, y estudios posteriores se amplió al relacionar la actuación del género en interacción con la clase, raza y/o sexualidad (Fenstermaker y West, 2002).

Si bien, las corrientes feministas han criticado su desinterés por las fuerzas socioestructurales que constreñirían el actuar de las personas, la etnometodología feminista ha argumentado en esta línea que el análisis de las experiencias anodinas —que son desapercibidas por su trivialidad— permite exponer las realizaciones de la opresión cotidiana desde la óptica de las actoras, y cómo estas apuntalan diariamente la estructura social (Kitzinger, 2009). De esta manera se inserta el enfoque etnometodológico como una alternativa para la investigación feminista a través de la definición de las mujeres como actoras competentes, el orden social como un proceso que creamos continuamente en nuestras interacciones sociales, apartándose de planteamientos que nos posicionan exclusivamente como sujetas a merced de sistemas opresivos (Kitzinger, 2000).

No obstante, esta trayectoria no ha estado libre de controversias. En efecto, Celia Kitzinger (2009) criticó la falta de especificación de un método para estudiar la actuación del género en el artículo de West y Zimmerman realizado en 1987, a propósito de una conmemoración de este. Estas autoras contestaron a la interpelación, señalando que en los estudios etnometodológicos asociados al género se deben utilizar las estrategias metodológicas que permitan captar el razonamiento del sentido común y los métodos utilizados rutinariamente de acuerdo con las actoras competentes que participan en el estudio (West y Zimmerman, 2009). Es en este marco, que estamos interesadas en plantear lo móvil como concepto metodológico en la etnografía etnometodológica feminista, inspiradas en las sugerencias postuladas por West y Zimmerman sobre el uso de estrategias que permitan aprehender al objeto de estudio. Como el caso de la presente investigación, que se desarrolló de acuerdo con los caminos y oscilaciones de las participantes para observar las realizaciones prácticas

de sus acciones colectivas desde el interior y en contingencia a su contexto social.

En función de ello, propondremos tres herramientas metodológicas producidas a partir de nuestra reflexividad en la práctica etnográfica: *tránsitos*, *liminalidad* y *conexiones íntimas*. Basamos esta propuesta en lo que Garfinkel (1967) llamó «curso de acción», es decir, proceso en el que se generan los etnométodos y se hacen explicables o reportables las formas prácticas y cotidianas de proceder de las actoras competentes al realizar una actividad. En nuestro caso daremos cuenta de una investigación ejecutada en un contexto de crisis y de ruptura de la habitual cotidianeidad, que tal como señala el supuesto metodológico de la Etnometodología, permite la visibilidad del orden social. Considerando que en este caso no solo las acciones colectivas cotidianas de las trabajadoras sexuales que eran objeto de observación se vieron irrupidas, sino que también las tareas rutinarias de la investigación social. Así, proponemos una práctica etnográfica en la que nos movamos y movilizemos de acuerdo con las actoras competentes, que sea fluida y en este entramado, se enrede política y éticamente.

## **Contexto etnográfico: acciones colectivas desde los márgenes**

El Estado chileno, aunque permite que mayores de 18 años puedan ejercer el trabajo sexual de manera voluntaria (Ley 19.927, 2004), niega la opción de que las personas que lo ejerzan se puedan reunir en prostíbulos o burdeles (Decreto con fuerza de ley 226, art. 73, 1931), o que puedan alquilar un recinto para dicho fin (Código Sanitario, 1955). Estas prohibiciones que buscan el disciplinamiento de comportamientos indecorosos y amenazantes para el establecimiento de cierto orden social, producen una serie de implicancias que afectan la vida de las trabajadoras sexuales, como el hostigamiento policial y la criminalización (Villacampa, 2017), la exposición a la explotación laboral de parte de empresarias que aprovechan los vacíos legales para prescindir o hacer contratos irregulares (Olivar, 2015), y la exclusión del sistema de previsión y las medidas de protección asociadas a la salud, seguridad laboral y jubilación (Fundación Margen, 2019).

Asimismo, estas normas y leyes estatales han generado un modelo de femineidad que ha situado a estas trabajadoras en la línea de la anormalidad, y paralelamente ha constituido una performatividad de género que cristaliza y materializa un uso de nuestros cuerpos, de nuestras prácticas sexuales, ya sean profesionales o no (Espinoza-Ibacache e Íñiguez-Rueda, 2017). El contexto etnográfico está enmarcado por una regulación que

ilegitima al trabajo sexual y que violenta institucional, material y simbólicamente a estas mujeres al invisibilizar los efectos de las normas instauradas y la precariedad de sus condiciones laborales.

La regulación del trabajo sexual a nivel internacional se singulariza por esta tónica. Sin embargo, las trabajadoras se han organizado para reivindicar sus derechos civiles y laborales desde finales de los años setenta en varios lugares del mundo. Un movimiento que está marcado por diversos hitos, como la ocupación de la iglesia St. Nizier de Lyon por un grupo de 150 prostitutas que protestaron por la inacción de la policía francesa ante los asesinatos de sus compañeras en el año 1975 (Mac y Smith, 2020); la realización del primer «Congreso Internacional de las Prostitutas» organizado en Ámsterdam en 1985, en el que pidieron el reconocimiento de sus derechos como trabajadoras; la creación de organizaciones de trabajadoras sexuales en distintos territorios, como *Call Off Your Tired Old Ethics* (Coyote) fundado en Estados Unidos en 1973, Colectivo de Prostitutas de Nueva Zelanda en 1987, Brigada Callejera en Distrito Federal de México en 1993, La Sala en Costa Rica en 1993, Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina (Ammar) en 1994, Hetaira en España en 1995, Orquídeas del Mar en El Salvador en el 2005, entre otras. En Chile, trabajadoras sexuales cansadas de la violencia que vivían cotidianamente fundaron Agrupación Pro-Derechos de la Mujer «Ángela Lina» (Aprodem) en 1993. De hecho, el nombre elegido proviene de una compañera asesinada el mismo año de su fundación. En 1998 se crea la Fundación Margen, que sigue en la actualidad promoviendo el reconocimiento de los derechos de las trabajadoras sexuales (Fundación Margen, 2019).

Gladys —quien me envió el mensaje de Emilia como portera de esta etnografía— es una exbailarina chilena de 59 años, que en sus más de 25 años de trayectoria activista fue dirigente de Aprodem, como en la actualidad lo es de la fundación. También es la lideresa del colectivo Mariposas, una organización autónoma de Antofagasta, aliada de la Fundación Margen, que articula a trabajadoras sexuales, camareras, bailarinas de esta ciudad, que proceden de Argentina, Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Perú y República Dominicana. También participan aliadas: trabajadora social, obstetra, abogada y psicóloga, que entregan apoyo profesional voluntario de acuerdo con la contingencia.

A partir del año 2020, la organización que centraba sus actividades en promocionar los derechos de participación y salud sexual mediante la visita a sus lugares de trabajo amplió sus acciones a actividades asistencialistas. La crisis sanitaria forzó el cierre de locales y las trabajadoras autónomas debieron frenar sus actividades laborales. Nuestro quehacer

etnográfico<sup>7</sup> se desarrolla en este contexto de crisis, una crisis que no solo es consecuencia de la pandemia, sino una serie continua de vicisitudes.

## Tránsitos: movimientos, hibridez y continuidad

De acuerdo con la Real Académica de la Lengua Española hay diferentes acepciones del término *tránsito*: (i) como la acción de moverse de un lugar a otro, (ii) un pasillo o corredor, y (iii) lugar para descansar y hacer un alto en una jornada. Estos significados nos sirven para presentar las características que le otorgamos al tránsito como herramienta metodológica en esta etnografía. En tanto, implica los movimientos, hibridez y continuidades de y entre espacios virtuales y presenciales, móviles de acuerdo con las circunstancias y el ritmo de las participantes y de la propia investigación.

Pero no se distancia de lo local y focalizado, como correspondería a la etnografía multisituada que investiga la formación cultural en distintas localidades, describiendo así fenómenos como las diásporas o migraciones (Marcus, 1995). En nuestro caso, el tránsito se basa en lo que Garfinkel (1967) llamó *curso de acción*, que permite exponer los detalles escénicos implicados en las realizaciones prácticas de las actoras en el trabajo de campo, y precisar la contextura situacional a lo largo de la investigación (Izquierdo, 2003). De esta manera, esta herramienta metodológica expone las descripciones etnográficas de los recorridos como una guía y seguimiento de la práctica —con las dimensiones tácitas o informales de la misma—, el que frecuentemente queda excluido por preocuparnos del contenido de la práctica social estudiada (Garfinkel, 2002). En específico, considera el tránsito por espacios de distinto orden y que varían en función de las dinámicas del colectivo y de la contingencia de su contexto social.

Esta investigación etnográfica no incluía la observación de espacios virtuales, pero tuvimos nuestros primeros encuentros grupales con las trabajadoras sexuales mediados por un móvil debido al contexto de confinamiento. Así, nos incorporamos a tres grupos de mensajería instantánea, que nos iban mostrando la organización de este colectivo: un

---

7. Esta etnografía se desarrolla sobre la base de las indicaciones éticas del Comité de Ética de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, de acuerdo con las consideraciones éticas de la investigación científica en general, y de las Ciencias Sociales en particular. Entre las más significativas se encuentran contar con una adecuada relación riesgo/beneficios potenciales y con medidas pertinentes para prevenir, reparar o atender eventuales daños, consentimiento informado, confidencialidad y protección de la intimidad, así como derecho a conocer los resultados.

grupo compuesto por 16 trabajadoras en total, entre embarazadas y las que estaban en período postnatal, otro de ocho personas integrado por la directiva de la agrupación y las profesionales aliadas, mientras que el tercero reunía a 60 trabajadoras. A poco andar, observamos que estos grupos y espacios virtuales eran incipientes y contingentes a la crisis sanitaria. Muchas de ellas no se conocían porque la organización se articulaba centralizadamente a través de las dirigentas y sus intervenciones se realizaban descentralizadamente en cada lugar de trabajo; por lo que el espacio virtual se transformó en el primer lugar de reunión grupal. En efecto, el seguimiento de la acción en la virtualidad permite conocer el pasado y presente de la organización de las trabajadoras. Si bien el trayecto a nuevos espacios resulta inesperado tanto para la etnografía como para estas actoras sociales, somos testigos de las inesperadas formas de interacción grupal y significados acorde a estas relaciones, al nuevo espacio creado y a las acciones colectivas que irrumpen en este contexto.

En los grupos virtuales abundaban los informativos de las dirigentas y aliadas sobre temas de regulación migratoria, bonos estatales, toma de exámenes de salud o cualquier indicación importante respecto a la contingencia local, como dar aviso sobre donaciones que realizaban Organizaciones No Gubernamentales (ONG) o del tercer sector durante el confinamiento.

Las compañeras agradecían a Gladys a través de mensajes como: «muchas gracias tía que Dios la bendiga mucho hoy mañana y siempre [sic]», que iban acompañadas con la fotografía de la donación. La dirigente respondió a través de un audio: «recuerden después mandar un audio por interno para dar los agradecimientos a quienes están haciendo esto en terreno, como yo estoy enfermita y estoy en mi casa, no puedo salir a la calle, pero ellas están haciendo todo esto por ustedes. Ellas son las matronas<sup>8</sup>, así que aquí ahora tienen que tomar consciencia de la importancia del control de salud sexual, hay que controlarse, hay que prevenir. Así que vieron, las están premiando a todas las que asisten a los controles. Pero este tema es un asunto personal, independiente de las que no han ido, deben cuidarse. Las que recibieron esta semana, son las que no habían recibido ayuda desde ninguna parte, la que no haya recibido nada, que me avise para ver qué podemos hacer». A partir de este mensaje, las trabajadoras continuaron enviando fotos, audios y llenando de bendiciendo a Gladys. Entre medio de estos diálogos, la matrona que es profesional de apoyo de las Mariposas escribe lo que al parecer es el lema del gremio «Colegio de matronas siempre en apoyo de la mujer» (Cuaderno de campo, 15 de agosto de 2020).

---

8. Profesional sanitaria que acompaña a la mamá en su embarazo, parto y posparto.

La observación virtual de la donación de la gremial de matronas que realizamos mientras estamos en Santiago —a 1.335 kilómetros de distancia— debido a la imposibilidad de trasladarnos por las restricciones sanitarias, ejemplifica el tránsito por espacios híbridos de la etnografía. Un quehacer etnográfico que se moviliza a través de distintos espacios, actoras y materialidades que comprenden estas acciones, como los encuentros presenciales entre trabajadoras y aliadas, la interacciones y gestiones virtuales de la dirigente para con las trabajadoras y aliadas, y de las que fuimos testigos a través de mensajes, audios y fotografías de las partícipes de la acción. También nos informa epistémicamente sobre las cualidades de la relación de las integrantes del colectivo, que representamos en el nombramiento de Gladys como «tía», un término de parentesco homologado en el contexto chileno para expresar un vínculo cercano y de respeto, que, igualmente, expresa el liderazgo afectivo de la dirigente y que es subrayado en la petitoria de su protección divina. Asimismo, este tránsito por los distintos espacios permite exponer la trayectoria de las acciones y agrega una cualidad temporal, en nuestro caso, las prácticas emergentes y propias del contexto social presente ejemplificadas en la entrega de donaciones, y las acciones desarrolladas en el pasado y en una presencialidad anterior (a esta) que promovía el cuidado de la salud sexual de estas trabajadoras y que las vinculan con las aliadas responsables de la donación.

Por su parte, apenas se suspendieron las restricciones sanitarias, visitamos a las trabajadoras que regresaron a las pocas salas de cervezas y cafeterías abiertas y que cumplían con las estrictas normativas sanitarias. También, a las compañeras de privados que nos mostraron sus protocolos sanitarios para atender clientes en sus habitaciones alquiladas. En estos recorridos observamos el regreso a las acciones colectivas asociadas a la promoción de la salud sexual mediante la entrega de preservativos en sus lugares de trabajo, como también la continuidad de las prácticas que buscaban contrarrestar la crisis económica mediante la donación de abarrotes en los hogares de estas mujeres. Sin embargo, la presencialidad no interrumpía nuestros encuentros virtuales. Por el contrario, habitamos un campo continuo y bidireccional, en el que transitamos de ida y de vuelta en función de las demandas de los escenarios, escapando de la rigidez de la observación dual y excluyente.

Así, mientras visitábamos presencialmente a las compañeras, continuaban las interacciones en los grupos virtuales, que se desarrollaban de manera singular dependiendo de sus participantes. El grupo de madres interactuaba en función de dicho rol al tratar temas sobre embarazo o mostrar a través de fotografías los primeros hitos del desarrollo de sus

hijas. Mientras el grupo virtual general de las trabajadoras ofrecía productos para su sustento: comida, ropa o artefactos de belleza, y entregaban información sobre trabajos, que eran principalmente de cuidados. En la entrega de preservativos que se realizaba en la visita a los lugares de trabajo observábamos conversaciones sobre trabajo sexual entre las trabajadoras y la dirigencia y no así en el espacio virtual, hasta la difusión de un aviso sobre un servicio sexual de pago, que desata la siguiente controversia:

Trabajadora 1.— *Hola buen día les cuento que busco una chica que quiera realizarle un privado a un primo quien quiera me habla para ponerla en contacto* [sic].

Una persona se sale del grupo.

Trabajadora 2.— *Muy maluco que envíen estos mensajes por aquí.*

Trabajadora 3.— *Abí* [sic] *sí demasiado maluco.*

Trabajadora 4.— *Aca* [sic] *se mantenía con muy buena información.*

Trabajadora 1.— *Sorry entonces a las que se ofendieron, pero acá hay muchas que prestan servicio, no fue mala intención* [sic].

Una persona se sale del grupo.

Trabajadora 5.— *De acuerdo. Considero que estamos para apoyarnos. Es el trabajo de muchas aquí.*

Trabajadora 6.— *Miren se salió hasta la abogada.*

Luego las integrantes del grupo continuaron opinando sobre lo explícito que había sido el mensaje y la necesidad de hablar en clave para que no se enterasen otras personas. Apenas vi el mensaje, señalé mi opinión al respecto «Hola, soy la psicóloga, entiendo que es un privado, entendía que es una clave porque no todo el mundo entiende que es un servicio sexual. Yo no me sentí pasada a llevar. Entiendo que hacer un privado es un trabajo y aquí se han difundido otros avisos de trabajo». Lo mismo hizo la matrona: «no me ofende para nada, es un trabajo igual que cualquier otro» (Cuaderno de campo, 21 de enero de 2021).

Las oscilaciones entre lo presencial y virtual brindan una posición privilegiada para producir conocimiento sobre cómo las propias protagonistas significan este trabajo y las implicancias para su entorno inmediato. De esta manera observamos la variabilidad de su definición, mientras algunas lo distinguen como un trabajo —incluyendo a las aliadas—, otras al sentenciar negativamente el aviso de trabajo en este espacio entregan su calificación sobre este. Y, asimismo, la contextura situacional expone el estatuto constituyente del orden social *in situ* de cada escenario etnográfico, mientras que la visita presencial a estas mujeres en sus trabajos se basa en sus prácticas profesionales del sexo: cuidado de salud sexual, derechos laborales o estado del negocio. En el grupo virtual se producen normas propias de este espacio de encuentro, incluyendo en este la parti-

cipación de su entorno inmediato —actores ajenos al grupo que pudiesen ver los mensajes— y, de esta forma entrega información sobre los efectos de la opresión cotidiana de su labor para sí y los suyos.

## **Liminalidad: encuentros, conflicto y negociación**

Cuando hablamos de *liminalidad*, nos referimos al término utilizado por Sennett (2009) para señalar lugares de intersección entre diferentes bordes, pasajes, pasillos que dan la posibilidad de construir un territorio abierto, donde interactúan diversas personas y saberes. Como objeto para nuestro quehacer etnográfico se trata de observar el encuentro, conflicto, tensiones producidas en los márgenes en la investigación, de manera de aprovechar el potencial reflexivo de la heterogeneidad y la confrontación de las diferencias. Así, este trabajo se caracterizaría por el análisis de las fronteras, no como límites, sino como espacios de actividad, de encuentro, conflicto y negociación y, por ende, como insumos de la investigación (Flores-Pons e Íñiguez-Rueda, 2014).

Para ejemplificarlo, abordaremos una experiencia vivida en el trabajo de campo. Las dirigentas comentaron en las reuniones virtuales que algunas trabajadoras migrantes se habían trasladado a vivir a las ocupaciones irregulares en la periferia de la ciudad, pues no habían podido pagar sus alquileres debido a su cesantía por el cierre de los locales en una cuarentena que —en ese entonces— llevaba cinco meses. Y decidieron organizar un comedor comunitario durante los fines de semana para apoyar a estas trabajadoras y a sus familias. En la búsqueda de recursos supieron que una ONG abriría un concurso de fondos para organizaciones de base, y nos solicitaron nuestra colaboración en la postulación. Esta se presentaba como una oportunidad para involucrarnos en la acción del colectivo para beneficio de su comunidad y, siguiendo los cánones de la *Action Research*, permitiría documentar y observar *in situ* un proceso colaborativo desde sus cimientos (Kemmis y Mc Taggart, 2013). Sin embargo, este proceso no estuvo de libre de encuentros y desencuentros.

Las dirigentas nos señalaron verbalmente los objetivos y las actividades del proyecto para la postulación: apoyar con alimentos a las trabajadoras sexuales cesantes y realizar un comedor comunitario en la ocupación. Tal como dijo Juana, extrabajadora sexual y dirigente de Mariposas: «ya no solo serán a las niñas mías a la que vamos a ayudar, sino que también a las personas en situación de calle que están en el campamento y a las familias que por vergüenza no piden ayuda». De este modo, las acciones colectivas se expandían hacia nuevas actoras —mayoritariamente migrantes, mujeres, negras— que sufrían gravemente las consecuencias

económicas de la crisis social y sanitaria, pues el Estado las excluía de sus políticas en su rol de garante de derechos. La implicación de otras participantes en los procesos colectivos podría suponer la demarcación de fronteras en el campo de investigación afín al plan de observación programada: las acciones por y para las trabajadoras sexuales. Sin embargo, estos actos producen espacios liminares (Sennet, 2009), pues seguir a las participantes implica experimentar incertidumbre y cuestionar nuestros límites en la búsqueda de las pistas sobre sus repertorios de acción.

Además, la deriva sobre el accionar de este colectivo permite transitar por esos lugares que han sido definidos como *fronteras* de acuerdo a Gloria Anzaldúa (2016: 42): «sus habitantes son los prohibidos y los baneados [...] los problemáticos, los chuchos callejeros, los mulatos, los de raza mezclada, los medio muertos; en resumen, quienes cruzan, quienes pasan por encima o atraviesan los confines de lo ‘normal’». Las dirigentas de las trabajadoras sexuales conocen la precariedad que se vive en la frontera, ellas han corporizado los marcajes fronterizos como mujeres, migrantes y trabajadoras precarias y estigmatizadas por saltarse el acuerdo implícito que situaban las prácticas sexuales en el ámbito de lo privado y no remunerado, por transformarla en fuerza de trabajo y darle un valor de uso.

Acompañarlas en este proceso no solo permitió conocer el accionar de las compañeras y las relaciones que establecen en su quehacer cotidiano, sino que también permitió transitar por nuestras zonas liminares como investigadoras y parte de una sociedad que marginaliza estas prácticas.

A los pocos días, las dirigentas se asociaron con la comunidad evangélica migrante del Campamento Latinoamérica donde vive Juana y una organización deportiva —que había cooperado con enseres al colectivo de trabajadoras— para postular al fondo, que nos permitió observar potencial reflexivo de la heterogeneidad de actores y las tensiones producidas en sus encuentros. A partir de la asociación, los dirigentes del deporte tomaron el liderazgo en la elaboración de la propuesta a través de Juan, de 70 años aproximadamente, que se presentó como «proyectista, deportista y emprendedor» en nuestro primer encuentro virtual.

En el proceso, estos dirigentes proponían actividades que significaban un porcentaje importante del presupuesto. Sin embargo, era algo que no pasaba desapercibido por Gladys, tal como nos señaló en una conversación, «estos ‘cabezas de tuercas’ —dicho a propósito porque los dirigentes se dedican a la organización de carreras de autos— no pueden hacer una cosa pequeña, quieren hacer todo grande, como arrendar un camión, cuando lo mejor que podemos hacer es un proyecto chiquito». Aun así, descartaban los 25 años de experiencia de Gladys en los que había traba-

jado como dirigente de proyectos sociales, mientras los líderes de la organización deportiva eran novatos en estas lides. La liminalidad se produce a través los desacuerdos entre actores aliados, marcadas por relaciones de dominación cotidiana vinculadas al género y clase, que invisibilizan la trayectoria y conocimiento de la dirigente de las Mariposas debido a la procedencia de la organización.

Estos espacios liminares continuaron marcando el proceso de elaboración del proyecto. Juan hacía caso omiso a mis peticiones para ingresar a la plataforma de postulación, y me trataba de «mijita» cada vez que le hablaba —un modismo que proviene de la unión de las palabras «mi hija»—, estableciendo una relación jerárquica que iba en la misma línea que la subestimación de la experiencia de Gladys. A pesar de corregirlo, los micromachismos teñían las relaciones sociales de esta cotidianeidad, eran parte de las tensiones y emociones que vivíamos en el proceso de investigación.

Sin embargo, este proceso no estuvo exento de cuestionamiento: ¿cuáles son los límites de nuestra observación e intervención en la elaboración del proyecto considerando que este está directamente asociado al objeto de estudio?, o, ¿cómo podemos quedarnos inmóviles si podemos contribuir a que la organización gane fondos para ir en ayuda de estas trabajadoras —en su mayoría migrantes— que no han recibido apoyo del Estado en este contexto de crisis porque no se le reconoce como tal? Entendemos que la investigación se nutre de esta sensibilidad, no como un tema a tratar, sino como una cualidad de este quehacer, competente para dar cuenta de las disonancias, interferencias y tensiones que se producen tanto en el proceso como con nuestros focos de investigación (Flores-Pons e Íñiguez-Rueda, 2014). Las preguntas respecto a nuestra posición en el campo se vinculan con esta zona liminar y sobre las prácticas que habitan en las fronteras de la investigación y en la acción.

Estas idas y vueltas en la elaboración del proyecto asociativo permiten ejemplificar la liminalidad en la investigación, como elemento a considerar en nuestro quehacer etnográfico en un contexto de crisis, un quehacer que está obligado a entrar en juego con intereses diferentes, incertidumbres y riesgos, asimismo, está nutrido de actrices heterogéneas con saberes y experiencias diversas.

## Conexiones íntimas

Los conexiones íntimas se refieren a la manera en que los afectos y los cuidados se consolidan en ensamblajes de objetos aparentemente triviales que, al ser omitidos, producen y reproducen relaciones de poder (Latimer

y López, 2019). Este concepto une elementos de los Estudios de Ciencia y Tecnología (Latour, 1983) y los Estudios Feministas de la Tecnociencia (Haraway, 1995). Aquí, y con este marco, utilizaremos las conexiones íntimas como una herramienta metodológica que implica seguir materialidades que tienen una presencia significativa en el campo, que se ensamblan con los métodos de las participantes y que cobran diversos significados de acuerdo con sus necesidades. Específicamente, nos focalizaremos en cómo objetos —preservativos y cajas de comida— se enredan con afectos —encarnados y relacionales— (Santoro y Romero, 2020) asociadas a la sostenibilidad de la vida (Pérez Orozco, 2017).

Antes de la entrega de alimentos, el encuentro entre las dirigentas y las trabajadoras sexuales se realizaba para promover el cuidado de la salud sexual y la organización de las trabajadoras solo en sus lugares de trabajo. Las conexiones estaban mediadas por los preservativos y lubricantes entregados en estas visitas, que han tenido un importante rol en este pasado reciente al permitirles eludir a las administradoras o dueñas de estos negocios que pudieran verse amenazadas ante la presencia de las lideresas de la organización. También posibilitaban conexiones de confianza y reciprocidad entre trabajadoras y dirigentas, pues estos materiales eran entregados a las trabajadoras mientras se les preguntaba sobre las condiciones laborales y, en la medida de su recepción, se les informaba sobre sus derechos. Esto permitía no exponerlas y cuidarlas considerando las relaciones de poder en el ámbito laboral y en un contexto de alejamiento e ilegitimidad del trabajo sexual.

Rastrear cómo operan estas conexiones en el pasado contribuye en la configuración del objeto del estudio. Así mismo, las características del contexto de esta ocupación repercuten en las relaciones que se establecen entre las actoras —incluidas nosotras como investigadoras— tal como observamos al llegar al trabajo de campo de manera presencial para la implementación del proyecto asociativo:

Gladys me invitó inmediatamente a entregar cajas de comida a las trabajadoras. Mientras nos tomábamos un café, conversamos sobre lo que haríamos durante el día, me ordena que hagamos una lista con las personas a las que le haremos la entrega. Tiene un cuaderno adornado con lentejuelas lila donde tiene anotadas a las trabajadoras, su nombre real y artístico, el lugar donde trabaja, su Rut, dirección y teléfono. A la mayoría de ellas, las llama por su nombre artístico y local, por ejemplo: «Jesenia del Mina's Bar», tiene dificultades para identificarlas por sus nombres reales porque antes de la pandemia su contacto se reducía a la identidad utilizada en el ámbito laboral. Me dice que es una libreta que «no se me puede perder» porque tiene toda la información de las trabajadoras allí y si le pasa algo, «tienes que pedirles a mis hijos que te la

entreguen para ubicar a las niñas» (Cuaderno de campo, 23 de noviembre de 2020).

El itinerario de las donaciones expone las características de las relaciones entre las dirigentas y las trabajadoras, específicamente el anonimato de la identidad de las trabajadoras sexuales incluso para las dirigentas. Sin embargo, el desconocimiento de los «nombres verdaderos» antes de la pandemia no es sinónimo de abandono de labores como dirigentas, sino que demuestra su competencia (Garfinkel, 1967) en un contexto en el que es primordial el cuidado de la identidad debido a la estigmatización del trabajo sexual. El cuaderno encarna la intimidad de las trabajadoras que la dirigente cuida y protege incondicionalmente, y nos involucra como actoras en esta íntima relación al hacernos herederas del dominio de la identidad de las trabajadoras.

Del mismo modo, nos advierte sobre las relaciones asimétricas de nuestro quehacer etnográfico en este campo, ¿cómo investigar con y desde estas mujeres que deben invisibilizar sus vidas e inventar un personaje debido al juicio que reciben por la forma en que mantienen sus vidas? Debemos habitar esta tensión de manera constante, estar atentas a las demandas de las participantes para evitar violentarlas con nuestros requisitos, considerar que «mirar desde abajo es un problema que requiere al menos tanta pericia con los cuerpos y con el lenguaje, con las mediaciones de la visión, como las más altas visualizaciones técnico-científicas» (Haraway, 1995, pp.328). Reflexionar sobre la posición que ocupamos en este campo de investigación, pero no solo nuestra relación con las participantes, sino también observar lo que ocurre entre las propias participantes, particularmente en un escenario social integrado por la intersección de categorías de desigualdad asociadas al género, clase, raza, nación (Pillow, 2003).

La entrega de donaciones habita esta intersección de categorías que expone a desigualdades: mujeres, migrantes, negras, empobrecidas, madres solteras y jefas de hogar. Las dirigentas comenzaron a recibir llamadas de estas mujeres en los primeros meses de la pandemia para solicitar información sobre acceso a los beneficios estatales, denunciar los contratos irregulares o quejarse por la falta de contrato, para finalmente, preguntar sobre la posibilidad de conseguir ayuda de la organización. Así, se fue llenando el cuaderno de lentejuelas lila de nombres propios y direcciones de sus viviendas, las que comenzamos a visitar:

Catalina, jefa de hogar colombiana, al verla lo primero que pienso es: ¡qué guapa es! Tiene un rostro bello, es una negra con pecas en su nariz, bajita, debe tener 30 y tantos años, tiene dos hijos, y un nieto de meses. Trabajaba como

camarera en una schopería y quedó sin trabajo en la pandemia, no hay posibilidades que abra este local debido a las restricciones sanitarias. Nos dice risueñamente que a veces hace privados a «amigos». Es difícil llegar a su casa porque vive en un campamento cerca de la curva como dicen los antofagastinos, pues allí se produce un corte de camino debido a una quebrada. El campamento se ubica en un cerro, allí no hay carteles con los nombres de calles, no hay veredas, tampoco el piso está encementado, además el terreno es empinado y desnivelado (Cuaderno de campo, 4 de enero de 2021).

Catalina fue una de las trabajadoras que durante la pandemia se trasladó a un asentamiento informal, debido a la falta de ingresos para pagar su alquiler luego del cierre de su fuente laboral y la nula protección estatal. Preparó una vivienda con material ligero en un sitio eriazado, sin servicios básicos, como agua y luz, que está siendo ocupado por otras familias con una situación similar.

El colectivo de trabajadoras sexuales luego de gestionar con organizaciones del tercer sector, feministas autónomas y de base a través de la postulación a fondos concursables o solicitud de donaciones directas, llegaron con abarrotes, pañales y leche a las casas de las compañeras. Así, estas materialidades van reconfigurándose de acuerdo con las relaciones que se establecen en su alrededor, traduciéndose de acuerdo a los intereses y perspectivas, significando y encarnando cosas diferentes de acuerdo a las necesidades y a su empleo (Santoro y Romero, 2020). Para nuestro quehacer etnográfico de las acciones colectivas de las trabajadoras sexuales, indagar y seguir el itinerario de esta materialidad implicó dar cuenta de cómo un objeto se inserta en un tipo de relaciones cambiando su estatus y el tipo de relación que se establece y sostiene entre las personas conectadas.

## Discusión y conclusiones

En el presente artículo propusimos contribuir al significado de *lo móvil* como concepto metodológico en la etnografía etnometodológica feminista a través de un estudio sobre acciones colectivas de trabajadoras sexuales en el Norte de Chile. Una práctica investigativa que se planteó alejada del giro de las movilidades tanto teórica como metodológicamente, pero que devino en movimientos como una forma de compromiso con los etnométodos de organización colectiva producidos para contrarrestar la precarización y de acuerdo con los acontecimientos intempestivos de su cotidianidad. Todo ello para aportar con un quehacer etnográfico que se distinga por lo flexible, situado, contingente y atento a los escenarios sociales de la investigación.

Con este marco, presentamos tres herramientas metodológicas: tránsitos, liminalidad y conexiones íntimas, para ampliar el uso de lo móvil en la práctica, el campo y los procesos de producción de conocimiento de la investigación etnográfica. En consecuencia, propusimos una investigación que observa y se nutre de los tránsitos continuos y bidireccionales por espacios homogéneos, heterogéneos e híbridos; segundo, las zonas liminares como potencial reflexivo debido a los encuentros, conflictos y negociaciones de las actoras y las investigadoras; tercero, del entrelazamiento de materialidades y prácticas de cuidado entre las actoras en contexto de investigación, caracterizado por la intersección de categorías de desigualdad, como «género», «clase», «raza» y «nación». En esta línea, se constituye en una etnografía que configure una movilidad que rompa dualismos, que sea fluida y en este entramado, enredada política y éticamente.

Asume así características de la *Action Research*, no solo como consecuencia de nuestra participación y compromiso por los procesos de transformación social de estas actoras, sino también por la atenta mirada a las constantes vicisitudes que viven las trabajadoras sexuales asociadas a crisis sanitarias, económicas y políticas y que provoca que este tipo de práctica investigativa sea incesante y urgente. Aun así, no podemos negar que en este proceso de investigación nos interpeló su acción maternalista y la extensión de lo que se ha definido como roles «tradicionales» de la mujer vinculado a lo doméstico. Sin embargo, al poco andar cuestionamos nuestros privilegios respecto a este contexto y las relaciones asimétricas asociadas a la subestimación de sus estrategias. En las articulaciones con las trabajadoras sexuales fraguamos límites, sentidos, valores y guías de acción, como también conexiones imbuidas en redes de poder, autoridad y definiciones previas que las demarcan, pero no las agotan (Montenegro, Pujol y Vargas-Monroy, 2015). De ahí que sea importante asumir nuestras diferencias, cuestionar las relaciones asimétricas que se producen en los procesos de investigación, comprender que son parte de este proceso, pero que estas no impiden puntos de encuentros y compromiso.

En función de ello, se hizo imprescindible nuestra movilidad por espacios heterogéneos, zonas liminares y conexiones de materialidades y cuidado, y en donde la observación y la acción se entremezclaban y fluían a través del involucramiento. Un involucramiento no como una acción sobre estas actoras sociales o este campo, sino más bien, considerando que somos parte de los escenarios sociales que influyen en la situación de las prácticas profesionales del sexo (Martínez-Guzmán, 2014). Creemos que esto debe hacerse teniendo presente la sensibilidad etnometodológica feminista para reconocer que las dirigentas y trabajadoras sexuales son

actoras competentes, que tienen en su haber un conjunto de saberes cotidianos con los que activamente sostienen y transforman sus escenarios sociales (Garfinkel, 1967; Kitzinger, 2000; Stokoe, 2006).

Así, la investigación devino acción sobre el mundo, este mundo de las mujeres trabajadoras sexuales. Nos involucramos en su cotidianidad para producir un conocimiento situado y útil sobre sus saberes, sobre acciones colectivas en contextos de crisis incesantes, urgentes. Y ello no únicamente con un fin epistemológico, sino como un fin político, para contribuir activamente en la producción de otros sentidos, de otros mundos distintos.

Esta experiencia etnográfica y estas reflexiones deberían poder transferirse a otros campos-tema y a otros contextos y territorios, contribuyendo de ese modo a la constante reconstrucción de la etnografía en un escenario de futuro.

## Referencias

- Anzaldúa, G. (2016). *Borderlands*. La frontera: Capitán Swing.
- Büscher, M., y Urry, J. (2009). Mobile Methods and the Empirical. *European Journal of Social Theory*, 12(1), 99-116. <https://doi.org/10.1177/1368431008099642>.
- Código Sanitario (1955). Reglamento sobre Enfermedades de Transmisión Sexual. Diario Oficial de la República de Chile, N° 23.299.
- Coulon, A. (1987). *La Etnometología*. Cátedra.
- Decreto con fuerza de ley 226, art. 73. (1931). Decreto que aprueba el Código Sanitario. Diario oficial de la República N° 15.983.
- Espinoza-Ibacache, J., e Ñíguez-Rueda, L. (2017). «Mujeres peligrosas»: Prácticas discursivas del Estado chileno en relación con la prostitución, el comercio sexual y el trabajo sexual. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 8(2), 388-411. <https://doi.org/10.21501/22161201.2230>.
- Fenstermaker, S., y West, C. (2002). *Doing Gender, Doing Difference: Inequality, Power, and Institutional Change*. Routledge.
- Fine, M., y Torre, M.E. (2019). Critical Participatory Action Research: A Feminist Project for Validity and Solidarity. *Psychology of Women Quarterly*, 43(4), 433-444. <https://doi.org/10.1177/0361684319865255>.
- Flores-Pons, G., e Ñíguez-Rueda, L. (2014). Liminalidad, sensibilidad y simetría en la investigación: Estudio de la muerte encefálica. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 14(3), Art. 3. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1238>.
- Foley, D., y Valenzuela, A. (2012). Etnografía crítica. La política de la colaboración. En N. Denzin y Y. Lincoln (Eds.), *Manual De Investigación Cualitativa. Volumen II* (pp. 79-110). Gedisa editorial.

- Fundación Margen (2019). *Más allá del Margen. Memorias de la Mujeres Trabajadoras Sexuales en Chile*. Gráfica LOM.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*. Prentice-Hall.
- Garfinkel, H. (2002). *Ethnomethodology's program: Working out Durkheim's aphorism*. Rowman & Littlefield Publishers.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Izquierdo, A.J. (2003). La tercera juventud de Harold Garfinkel: Una nueva invitación a la Etnometodología. *ANDULLI, Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, 3, Art. 3.
- Kemmis, S., y Mc Taggart, R. (2013). La investigación-Acción participativa. La acción comunicativa y la esfera pública. En N. Denzin y Y. Lincoln (Eds.), *Manual de investigación cualitativa. Vol. III*. Gedisa Editorial.
- Kitzinger, C. (2000). Doing Feminist Conversation Analysis. *Feminism & Psychology*, 10(2), 163-193. <https://doi.org/10.1177/0959353500010002001>.
- Kitzinger, C. (2009). Doing Gender. A Conversation Analytic Perspective. *Gender & Society*, 23(1), 94-98. <https://doi.org/10.1177/0891243208326730>.
- Latimer, J., y López, D. (2019). Intimate Entanglements: Affects, more-than-human intimacies and the politics of relations in science and technology. *The Sociological Review*, 67(2), 247-263. <https://doi.org/10.1177/0038026119831623>.
- Latour, B. (1983). Give Me a Laboratory and I will Raise the World. En K. Knorr-Cetina y M. Mulkay (Eds.), *Science Observed: Perspectives on the Social Study of Science* (pp. 141-170). Sage.
- Ley 19.927 (2004). Ley que modifica el Código Penal en materia de pornografía infantil. Publicado en Diario Oficial de la República de Chile N° 37.759.
- Mac, J., y Smith, M. (2020). *Putas insolentes: La lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales*. Traficantes de Sueños.
- Marcus, G. (1995). Ethnography in/of the World System. The emergence of multi-sited ethnography. *Annual Review of Anthropology*, 24, 95-117.
- Martínez Guzmán, A. (2014). Cambiar metáforas en la psicología social de la acción pública: De intervenir a involucrarse. *Athenea Digital - Revista de pensamiento e investigación social*, 14(1). <https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v14n1.793>.
- Martínez-Guzmán, A., Stecher, A., e Íñiguez-Rueda, L. (2016). Aportes de la psicología discursiva a la investigación cualitativa en psicología social: Análisis de su herencia etnometodológica. *Psicología USP*, 27(3), 510-520. <https://doi.org/10.1590/0103-656420150046>.
- Montenegro, M., Pujol, J., y Vargas-Monroy, L. (2015). Miradas, formas de hacer y relaciones en la constitución de una investigación crítica. *Universitas Psychologica*, 14(5), 20.
- Novoa, A. (2015). Mobile ethnography: Emergence, techniques and its importance to geography. *Journal of Studies and Research in Human Geography*, 9(1), 97-107. <https://doi.org/10.5719/hgeo.2015.91.7>.
- Olivar, J.M. (2015). «¡Dios me la puso en el medio para mi remedio!»: Esferas públicas y producción jurídica de la «prostitución» en la Colombia actual. *Revista Colombiana de Antropología*, 51(1), 109-135.

- Pérez Orozco, A. (2017). *Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños.
- Pillow, W. (2003). Confession, catharsis, or cure? Rethinking the uses of reflexivity as methodological power in qualitative research. *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 16(2), 175-196. <https://doi.org/10.1080/0951839032000060635>.
- Rodríguez Dorantes, C. (2015). Antecedentes teóricos de la etnometodología y el interaccionismo simbólico. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 43(174). <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcps/article/view/49126>.
- Santoro, P., y Romero, C. (2020). ¿Dónde acaba un objeto? Objetos, fronteras e intimidad en la donación de leche materna. *Política y Sociedad*, 57(2), Art. 2. <https://doi.org/10.5209/poso.66446>.
- Sennett, R. (2009). *El artesano*. Editorial Anagrama.
- Sheller, M., y Urry, J. (2016). Mobilizing the new mobilities paradigm. *Applied Mobilities*, 1(1), 10-25. <https://doi.org/10.1080/23800127.2016.1151216>.
- Stokoe, E. (2006). On ethnomethodology, feminism, and the analysis of categorial reference to gender in talk-in-interaction. *The Sociological Review*, 54(3), 467-494. <https://doi.org/10.1111/j.1467-954X.2006.00626.x>.
- Tedlock, B. (2013). La observación de la participación y el surgimiento de la etnografía pública. En *Manual De Investigación Cualitativa. Volumen Iii* (pp. 198-227). Gedisa editorial.
- Villacampa, C. (2017). Municipal ordinances and street prostitution in Spain. *European Journal on Criminal Policy and Research*, 23(1), 41-57. <https://doi.org/10.1007/s10610-016-9313-2>.
- West, C., y Zimmerman, D.H. (1987). Doing Gender. *Gender & Society*, 1(2), 125-151. <https://doi.org/10.1177/0891243287001002002>.
- West, C., & Zimmerman, D. (2009). Accounting for Doing Gender. *Gender & Society*, 23(1), 112-122. <https://doi.org/10.1177/0891243208326529>.
- Wolf, M. (1982). *Sociologías de la vida cotidiana*. Ediciones Cátedra.